

más que ocho ó nueve años sobre los suyos. Si él os amase, no veo el porqué no pudierais casaros; ninguna ley se opone á ello.

—Pero me seria imposible amarle con semejaute amor, y encontraria, cuando menos ridículo, el escoger para *señor mio* á este muchacho á quien he mandado y regañado tantas veces. Esto no podrá entrar jamás en mi cabeza; desechad pues semejaute suposicion, M. Sylvestre, porque me aflige y mortifica. A Dios gracias, Tonino ignora todavía lo que es amor.

—Entonces no hablemos más, y perdonadme un rasgo de franqueza, indiscreto tal vez; pero soy viejo, y creo poder hablaros de estas cosas delicadas como pueda un padre hablarle á su hija. Para tranquilidad y satisfaccion de ese buen Tonino, me alegro mucho de haberme equivocado. A vos os toca pues velar sobre este muchacho, cuidando de dar el alimento necesario á sus pasiones cuando las veais aparecer.

Juan Morgeron vino á juntársenos, y ya no se habló de otra cosa que de la pradera y el torrente.

## IX

**D**URANTE quince dias no nos ocupamos de otra cosa. Era necesario explorar el lecho del torrente queriendo, como yo queria, preverlo todo, por lo que pasé otras distintas veces á la pradera del Bolo para sondearla en todos sentidos asegurándome de la profundidad del suelo. El agua debia, de fijo, arrastrar restos de roca en acabando de arramblar la tierra; era por lo tanto preciso pensar en el porvenir y evitar que viniesen los pedruscos á cubrir la tierra en un momento dado.

Despues de muchas reflexiones y observaciones, acerté á dar con un medio sencillo y económico; pero no es la historia del torrente lo que me habeis pedido, y debo por lo tanto haceros gracia de los detalles. Pero sí debia decir todo lo que he contado para haceros saber de qué manera se encontró enlazada mi existencia á la de los Morgeron, é igualmente cómo supe desde luego los secretos resortes de su destino y el carácter de la persona menos expansiva del mundo: Felicia Morgeron.

En cuanto á éste, llegué á conocerle mejor de lo que he indicado, cuando hube fundado bien mis cálculos y adquirido la certeza de ellos, fué preciso ocuparse de la compra del terreno del Bolo. Juan esperaba esta decision con febril impaciencia. Quería correr á casa Zemmi desde luego; Felicia se lo impidió.

—Os hariais robar, dijo ella; dejad que yo arregle el negocio. Y salió inmediatamente para el pueblo donde vivía Zemmi.

Regresó al anoecer de aquel mismo. Todo estaba arreglado; habíase adquirido la pradera por un precio ínfimo. Juan estaba demasiado apasionado para pararse en escrúpulos de monja, y daba gracias y prodigaba elogios á su hermana, completamente enajenado. Yo no tenía la conciencia tranquila del todo. Zemmi era un labrador muy pobre, así es que hubiera preferido que se le asociara, de un modo ó de otro, á nuestros futuros beneficios; pero como el negocio no me pertenecía lo bastante, no me atreví á decir nada.

—Vos meditais, me dijo Tonino al dia siguiente con su familiaridad infantil y cariñosa. ¿Qué os preocupa?

—El pobre Zemmi, le dije. Siento que no pueda participar en algo....

—¡Chiton! exclamó Tonino; hablemos bajo, porque mi prima anda siempre pisándome los talones, y tiene muy fino el oído. No se encolerizaria poco, si os dijera lo que ha hecho.

—Entonces no me lo digas.

—Quiero decíroslo á pesar de su prohibicion. Quiero que sepais cuánto es ella generosa y equitativa. ¡Es preciso que la ameis como la amo yo! Sabed pues, que ha pagado la pradera á un precio elevadísimo y sin regatear. Zemmi ha quedado tan

sorprendido como locamente satisfecho; pero el ama no quiere que su hermano lo sepa, puesto que paga toda la diferencia. ¡Ahí teneis quién es ella! Y sin embargo, sabeis tambien que regaña diariamente al amo por sus ligerezas. Le dice que se deja engañar siempre; y cuando ella se mete en un negocio lo paga doble que él, tanta es su gènerosidad. Solamente que, dice ella: "A mí no se me engaña cuando yo quiero.....", Guardadme el secreto, sobre todo, M. Sylvestre; si llegara á saber que le he hecho traicion, me sacudiria de veras.

Entonces pregunté á Tonino si temia *de veras* á su prima.

—No para mí solamente, respondió con natural sencillez. Cuando me sacude, tiene muy ligera la mano; pero en cuanto me ha sacudido, se disgusta mucho, y llora á escondidas. Por esto, es decir, para no disgustarla, para que no se ponga mala, es por lo que me hago el prudente como una señorita y el escorredizo como una anguila.

## X

**E**STÁBAMOS ya á mediados de julio y por lo tanto podíamos empezar ya los trabajos, así es que comenzamos á tomar jornaleros. Juan salió para alistar algunos más y hacer que se trajeran los árboles cortados en el Simplon. Era preciso prevenirse para que no nos sorprendiera el invierno en medio de las obras de encauzamiento. No quedaba ya más tiempo para reflexionar; debia permanecer durante un tiempo indeterminado en la *Diablalette*; era éste el significativo nombre de la propiedad de mis huéspedes, de aquel oasis lanzado en medio de los horrores de la montaña.

Durante las ausencias de Juan, yo vigilaba la obra y trabajaba tambien, al mismo tiempo que dirigia á mis operarios. El trabajo corporal, á más de ser saludable, le hace á uno justo y sufrido á los ojos de aquellos á quienes manda. Así se da uno cuenta por sí mismo de lo que se puede exigir de su energía sin abusar jamás. El lugar en donde trabajábamos estaba situado en el fondo de una estrecha y rápida garganta, donde se hacia de noche muy temprano.

Comia á eso de las siete, acompañado de Felicia y Tonino, y para emplear el resto de la velada me entretenia dando lecciones de geología práctica al jóven baron. Este poseia una organizacion especial; inteligente hasta lo maravilloso por



todo lo que hablase á los sentidos; obtuso é inaccesible á lo ideal. Sin embargo, tenia voluntad para ello. Su atencion y docilidad eran perfectas; y si nada exacto le enseñaba, abria, al menos un poco, su espíritu al racionio. Jamás encontré un

carácter más simpático ni más afectuoso. Llegué á tenerle verdadera amistad, entregándome á ella hasta desvirtuarle; Felicia me lo echaba en cara; pero en realidad, con todo y tratarle rudamente, ella le desvirtuaba aun más, y á pesar de su pretension de no amar sino á su hermano, ví entonces bien claro que ella amaba á Tonino, al menos otro tanto.

Semejante afeccion me parecia legítima y santa. Y viendo cuán añorado era Tonino y atraído por afecciones cándidas, llegué á olvidarme por completo y á reprocharme casi las suposiciones que habia yo concebido acerca de su intimidad con Felicia. Era Tonino igualmente cariñoso conmigo que con ella, y cuando yo me incomodaba al darle leccion, venia á besarme las manos á pesar mio. Yo perdía el tiempo diciéndole que aquello no era conveniente; á lo que respondia: que *aquello* se hacia en Italia; y al acompañarme á mi cuarto, besaba mi sombrero y mi libro antes de entregármelos.

Felicia atareada siempre en cuidados y atenciones, aparecia ordinariamente seria y fria, así para conmigo como para con él. Yo deseaba mucho saber el secreto de su existencia, la causa de su ceño, y de su amarga sonrisa, admirándome cada día más, como un problema del que ignorase la solucion. ¿Todo aquello no era anormal en su destino? Aquella jóven, de raza de artistas y de sangre noble, mezclada con sangre rústica, nacida y educada en un centro opuesto á sus instintos, destrozada, aunque niña, por la vergüenza, la miseria y el dolor, transplantada despues á la vida campestre y trocada en labradora activa y económica, con sus sentimientos de generosidad caballeresca y una naturaleza delicada, todo lo cual no podia asimilarse, formaba un conjunto indescifrable para mí, como tambien probablemente para ella misma. Cuantos la rodeaban, criados infelices, se preocupaban muy poco del enigma. La costumbre

les hacia aceptarlo como una fuerza de la que no pensaban en buscar la causa ni el objeto. Las gentes sencillas no buscan generalmente el origen de los sucesos.

Juan, á pesar de su espíritu activo é ingenioso, era un verdadero aldeano; Tonino hubiera podido analizar mejor, pero se contentaba amando.

En cuanto á mí, que no sentia la menor atraccion particular hácia aquel carácter *desclasificado é incalificable*, entreteníame en examinarlo cuando no tenia otra cosa que hacer, presintiendo en él una especie de puerto seguro ó peligroso. Cuando brillaba en ella un rayo de alegría, un momento de descuido, era segurísimo que seria tanto ó más sombría ó reservada despues, y, cuando se manifestaba irritada ó exigente, era tambien seguro que iba á prodigar sus atenciones y cuidados, para reparar su injusticia, sin hacer que la reconocia ni manifestar arrepentimiento. Habia siempre en ella cuerdas rotas ó flojas; el instrumento escogido por ella misma no podia afinarse. Su desgarrador sonido me apenaba. No obstante, surgia de él alguna nota pura, que producía una deliciosa impresion. Sentia yo cierta necesidad de compadecerla, pero ella no toleraba amistades, ni, por otra parte, parecia comprender este afecto. Su apego á los suyos tenia el carácter de un deber apasionado, pero nunca tierno.

Era buena, sin embargo, bonísima por decirlo mejor, equitativa y maternal como encarnacion previsorá de las necesidades ajenas, adivinándolas é inquietándose hasta alcanzar el cambio de la pena en bienandanza, incomodándose siempre que álguien le escondia un pesar, é incomodándose más aun, cuando se le daban las gracias por haberlo evitado.

Tenia mucha comprensión, y bastante ingenio, nociones generales y vagas de muchas cosas; ninguna instrucción sólida, ninguna idea filosófica, ni ninguna creencia.

Amaba lo bueno, lo justo y lo bello, sin saber apreciarlo mucho ni conocerlo del todo, sino de oídas, por la sorpresa reveladora de un instinto delicado. Parecía carecer, como Tonino, de la facultad razonadora. Las amonestaciones que dirigía á éste, estaban llenas de gracia, sin que ella supiese decirle jamás el porqué; y si por casualidad se lo preguntaba el chico alguna vez, le respondía:

“Solamente los necios y los haraganes llevan *el porqué* en boca., Como Tonino tampoco tenía arraigado *el porqué* en su espíritu, se contentaba con semejante respuesta.

Poseía, sin embargo, dos cosas hasta la perfección: la lengua italiana y la música. Hablaba con gran facilidad é incorrectamente el francés y el alemán; pero la lengua de su abuelo se conservaba pura y llena de elegancia en su memoria; hablando el italiano no me hubiera cansado de oírla jamás. La música nos la enseñaba admirablemente á Tonino y á mí; porque á pesar de mis cincuenta años, tenía yo afición á aprender, y había deplorado toda mi vida el no pasar de simple aficionado y no haber tenido tiempo ú ocasión, de conocer la parte científica de este divino arte.

Tonino tocaba con bastante soltura y gracia el violín, sin haber tenido nunca otro profesor que su prima. Tuve yo curiosidad de saber si ella se lo había enseñado por pura teoría ó si conocía el instrumento; pero se me alcanzaba perfectamente que si se lo preguntaba me había de contestar con rudeza que ella no entendía de nada.

Cierto día en que ensayaba Tonino un motivo de Weber desnaturalizándolo con esa pasmosa facilidad italiana, amos-

cóse ella, y arrebatándole el violín, con indecible gracia tocó como un maestro consumado. No supe yo abstenerme de aplau-



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

dir, y entonces tiró ella el instrumento como disgustada, y encogiéndose de hombros; pero habiendo ido Tonino por otro violín, se le acercó presentándosele con aire suplicante.

—¿Por qué te has permitido tocar este? le dijo.

Era efectivamente una reliquia; era nada menos que el violín de Crémone, del abuelo, con su arco blasonado. No pudo sin embargo resistir al deseo de afinarlo y tocar: durante una hora larga estuvo arrebatándonos. No sabía, indudablemente, introducir variaciones, ni buscar dificultades, pero poseía el arte despejado y puro de los músicos de buena ley. La natu-

ralidad de sus movimientos y la majestuosa sencillez de su actitud, correspondían noblemente á la verdadera y sana intuición musical. Parecía crecerse teniendo el violín en sus manos; su correcto perfil se iluminaba con cierta llama interior, apareciendo rodeado de una aureola misteriosa. Cuando estaba en lo más sublime de su inspiración y como en contacto con el espíritu de los grandes maestros, interrumpióse de súbito, y devolviendo el violín á Tonino:

—Guarda esto, le dijo: tengo que ir á la lechería, y no puedo perder el tiempo en distracciones.

Y se fué corriendo á ver sus vacas, volviendo á tomar instantáneamente el aire atareado y solícito de la prosaica mujer de gobierno.

## XI

**S**EMEJANTES contrastes seguían alimentando mi perplejidad. Y preguntábame yo si aquella existencia llena todavía de calor y vida, había terminado realmente; si ella me había dicho la verdad al asegurarme no haber amado á nadie más después de la catástrofe de su juventud, y si en el caso de presentársele ocasión de amar noble y legítimamente, carecería de la fe y entusiasmo suficientes para asirla.

Me preguntareis tal vez por qué me hacía yo semejantes raciocinios: puedo aseguraros con verdadera sinceridad, que me guiaba un interés puramente filosófico. Tampoco podía, por otra parte, preocuparme muy asiduamente; tenía demasiado trabajo sobre mis hombros y muchísimos cálculos materiales en mi espíritu para filosofar ó soñar largamente. Solamente podía ocuparme algo en ello, cuando el mal tiempo interrumpía nuestros trabajos. Debía limitarme á hacer continuadas observaciones sobre la fuerza de las avenidas, ó los caprichos de la corriente y sobre las devastaciones que el Brame, este era el nombre de nuestro torrente, producía aun

en perjuicio nuestro en los terrenos del Bolo. No estaba yo menos despechado que Juan; pensaba en la posibilidad de volar otras rocas á fin de descubrir el abismo de cieno fertilizable que nos guardaba el torrente en el fondo de sus abismos.

Como, en resumen, todo iba á pedir de boca, y como hacía el mes de Enero nuestro dique ligeramente comenzado prometía tener feliz término, llevábamos una vida tranquila y casi alegre. Juan que no podía estarse quieto, iba y venía para atender á todo, de Sion á Martigny y de Brieg á Diablerette. Veíamosle frecuentemente pasando á veces semanas enteras á nuestro lado. Felicia me felicitaba por ello, porque, parece ser que durante los inviernos anteriores no se le había apenas visto.

Nuestras veladas eran largas y entretenidas; jamás había estado Juan de tan buen humor. Estaba natural y francamente alegre siempre que no tenía la cabeza demasiado llena de cuidados. Entonces lo veía todo de color de rosa, y se divertía en mortificar á Tonino, puesto que sus chanzas eran siempre dardos lanzados al objetivo de sus esperanzas.

—¿Sabes, le decía, que cuando nuestra isla produzca lo que nos prometemos, voy á comprar tu título de baron? Quiero ser el baron de *Nueva Isla*. ¿Para qué quieres tú ser baron, tú que no estás enamorado más que de tu violin y tus animalitos? Tú no puedes ser jamás un hombre vigoroso, y por lo tanto no podrás pasar nunca de pastor de la Arcadia.

—¡Que no soy fuerte! exclamaba Tonino; sé trabajar la tierra como el primero. Esperad á que tenga, como vos, estas barbas hasta los ojos, y ¡ya vereis si puedo ó no empujar un arado!

—Creo que el arado surcará nuestra montaña de guijarros

y que el trigo nacerá en ella, mucho antes de que nazcan las barbas en tus carrillos; pero lo que jamás nacerá en tu cabeza, es el ingenio indispensable á un agricultor.

Entonces venía la discusión; porque, á pesar de la resolución por la cual Felicia y Tonino secundaban las aficiones de Juan, pertenecían ambos á distinta escuela, y no dejaba él de tener razón al decir que eran de raza de pastores. Si ellos hubieran tenido libertad de acción, de seguro hubieran dado al diablo, es decir, al desastre de las inundaciones, la parte baja de Diablerette, y no hubieran pensado más que en extender su dominio en las alturas donde alimentar bien sus rebaños. Había en ello, en realidad, como procurarse buenos rendimientos sin aventurar nada.

Juan amaba el riesgo. Felicia al contrario; sin embargo esta joven, de carácter tan opuesto, le ayudaba é impulsaba á satisfacer su pasión por las aventuras, encontrándose á mí demasiado prudente, y no obstante, nada en el mundo podía contenerla de luchar con la palabra diciendo á su idolatrado y adulado hermano que estaba loco.

Pero sus discusiones no degeneraban nunca en disputa. Mi presencia servía para poner de acuerdo las partes, obligándolas á hacerse mutuas concesiones hasta los límites donde llegaba la razón de cada cual. Tonino se allanaba como yo. Felicia volvía sobre sí, no diré por su mal humor, porque no lo tenía jamás, pero porque no sabía abstenerse de comentar y chancearse, dada su afición á llevar la contraria.

Directamente conmigo, parecía neutral ó cortada, y esta diferencia se traducía en preguntas cuyas respuestas escuchaba con atención. Yo intentaba entonces darle nociones de la vida colectiva que su característica individualidad aceptaba difícilmente. Yo escusaba, embellecía y aun poetizaba a ardiente manía de su hermano al hablar de la solidaridad que reina entre los hombres y del progreso general con que cada uno

debe contribuir al bien comun. Esta fruslería á la que Juan llamaba gloria, procuraba yo trocárla en gloria verdadera y natural. Así es que Juan, que poseía una vanidad harto noble, se embriagaba por las idealizaciones que yo presentaba.

Tonino escuchaba todo lo que se decía con sus grandes y hermosos ojos admirados y vueltos hácia Felicia para saber lo que debía opinar sobre mis teorías. Felicia no podía decírselo puesto que estaba más admirada que él, y, despues de mis vanos discursos, decía ella:

—Todo esto cae sobre mí. Los hombres no me han hecho sino daño, no puedo por lo tanto bendecirles ni amarles, y no siento la menor necesidad de servirles. Que digan lo que quieran, les daré mi vida: y no me la agradecerán. Yo no creo que haya nadie que sirva al progreso de buena fe. Es este un gran nombre inventado para cubrir ambiciones personales y hacer pasar un vicio por virtud.... Sin embargo, no os incomodeis contra mí, M. Sylvestre; ¡estoy segura de vuestra sinceridad! de que creéis lo que decís, de que teneis un gran corazón, que teneis necesidad de amar, y que tal vez no habeis encontrado nadie que fuese digno de vuestra amistad: y por esto habeis resuelto amar á todo el mundo. ¡Ojalá fuera yo como vos! esto me haría olvidar de que todo el mundo es injusto y malvado; pero yo no puedo perder la memoria, y por esto me adhiero á quienes debo y les amo por egoísmo, olvidando por ellos todo lo que de mí resta: esta es mi manera de amar. Ya sé yo que no vale ello para nada; pero haríais un gran milagro si lograis cambiarme.

## XII

**L**os aguaceros en el mes de Febrero, fueron terribles; arrastraron las aguas una montaña de piedras en la parte alta sobre nuestra isla; pero nuestra barrera no cedió, y los guijarros se vieron precisados á deslizarse contra ella sin penetrar en nuestro cercado.

Lleno de alegría, me dijo Juan:

—¿Sabeis, M. Sylvestre, que es ya hora de arreglar nuestros negocios? Vais á decirme qué parte quereis en mis beneficios; y como no es del caso que espereis, estoy dispuesto á adelantáros lo que querais.

—Partireis, le dije, vuestros beneficios en cuatro partes: las dos principales para vuestra hermana y para vos, y las dos restantes para Tonino y para mí. Arreglad esto en el tiempo y forma que mejor os parezca y no me adelanteis nada. Pagadme solamente mis jornales, como venís haciéndolo desde que trabajamos.

—Se me hace un tanto cuesta arriba, eso de pagarle jornales á un hombre de vuestras condiciones, como si se tratara de un simple bracero, y de que no tengais á la vista algo en que fundar la menor esperanza.